

XI.

Miéntras la noticia de que Mme. de Maurescamp había sido bruscamente llevada por su marido pasaba comentada de salon en salon, dilatándose en sordos murmullos mezclados de risas, Maurescamp se dejaba caer pesadamente en su cupé al lado de Juana. Cuando estuvieron sin testigos, el marido dejó ya de hablar de su hijo, y el silencio y la actitud feroz que guardaba no dejaron ni la sombra de una duda á la desgraciada jóven. Sentia ésta una angustia inexplicable; era al mismo tiempo la sorpresa de una criatura herida por el rayo en plena vida, en plena dicha, en plena inocencia; la dolorosa indignacion de una mujer honrada á quien públicamente habian insultado; el vago temor de una catástrofe desconocida, pero terrible é inmediata. En medio de aquella turbacion sin nombre, la jóven permaneció muda,

esperando que él hablase; mas esperó en vano, y recorrieron el trayecto, que no era largo, desde la avenida Gabriel á la avenida de l'Alma, sin pronunciar una sola palabra.

Entre tanto, Juana empezaba á desenvolver su espíritu, naturalmente intrépido, del caos de sentimientos en que la habia sumido el primer momento de sorpresa. Atravesó con paso firme, por delante de tres ó cuatro criados inmóviles, el gran vestíbulo de su hotel, y subió en silencio la escalera; pero cuando llegaron á la meseta del primer piso, en donde estaban sus departamentos, al ver que su marido, que ocupaba el piso superior, se disponia á seguir adelante,

— Perdonadme — le dijo — tened la bondad de entrar, tengo que hablaros.

Maurescamp dudó algunos instantes, como á la gran mayoría de los hombres no le gustaba entrar nunca en explicaciones; su carácter era más bien violento que enérgico, y el acento tranquilo y resuelto de su

mujer le impuso al mismo tiempo que le irritaba. Siguióla, pues, á sus habitaciones, pero con un grado más de cólera.

Juana cerró la puerta detras de él, y pasó al gabinete, que precedia á su alcoba. Entónces, volviéndose y mirándole con firmeza, le preguntó:

—En definitiva, ¿qué significa todo esto?

—Significa que mañana mataré á vuestro amante. Eso es todo.

La jóven, entreabiertos los labios y como delirante, juntó las manos con fuerza, y continuó mirándole.

—Ya hace bastante tiempo— continuó su esposo, jurando é irritándose más con la misma violencia de su lenguaje— ya hace bastante tiempo que me provocais..... que me estais ultrajando..... que me cubris de ridículo..... y esto va á terminar.

—Sois un desgraciado loco—dijo Juana dulcemente.—Yo no tengo amante..... Explicaos..... ¿Qué quereis decirme? ¿Es que vais á provocar á un duelo á M. de Lerne?

—No tengo que provocarle— respondió Maurescamp con la misma grosería— es cosa arreglada ya. Mañana nos batiremos.

La jóven volvió á juntar las manos, y lanzó una sorda exclamacion de dolor. Su marido pareció avergonzarse en cierto modo de su brutalidad, y continuó diciendo precipitadamente, casi balbuceando las palabras:

—No tenía yo, en verdad, la intencion de preveniros..... esto no entra en mis costumbres..... pero vos lo habeis querido..... estais agotando mi sufrimiento..... Y él, él ha colmado esta noche la medida. Seguir haciendo la córte públicamente á la mujer, cuando al dia siguiente debe tenerse un desafio con el marido, es cosa indigna de un caballero..... es una infamia.

—Monsieur de Lerne— dijo con firmeza Juana— no me ha hecho la corte, ni esta noche ni nunca, al ménos de la manera que vos pensais..... Vuestro honor no está comprometido más que por vos mismo..... vuestro desafio con él sería una locura.....

una mala accion..... un crimen..... porque os juro delante de Dios.... por la vida de mi hijo..... que nunca ha sido para mí más que un amigo.

—¡ Por supuesto !— replicó Maurescamp en tono de burla.— Vamos, me parece que es suficiente, y aún demasiado— añadió, dirigiéndose hácia la puerta.

Juana se interpuso delante de él, exclamando:

—¡ No ; os lo suplico, os lo ruego, no os vayais todavía !.... ¡ Si supierais lo que es para una mujer que ha sufrido mucho, que ha luchado, que ha sido tentada.... pero que al fin ha quedado honrada, pura, fiel.... ver que no sólo se sospecha de ella, sino que se la condena y se la castiga con tan enorme injusticia y con tanta crueldad !.... ¡ Si supierais las ideas que se agolpan entónces en su cabeza trastornada !.... ¡ Si supierais hasta qué extremo podeis llevarme, no apreciando en nada mi conducta..... y tratándome como si fuese enteramente culpable, cuando á lo

más podría acusárseme de imprudente !....

—¡ Bueno, basta !— añadió su marido con dureza, tratando de desprenderse de ella.

Juana le retuvo aún, extendiendo hácia él sus manos suplicantes. Maurescamp permaneció junto á la chimenea en actitud de resignado.

— Sabeis tan bien como yo— prosiguió la jóven— la historia de nuestro matrimonio..... No me amasteis mucho tiempo, amigo mio..... sin duda era culpa mia..... no supe agradaros..... mis gustos no eran los vuestros..... todo lo que yo hacía, todo lo que era de mi agrado, os disgustaba y os enojaba..... Me dejasteis abandonada..... fuisteis en busca de los placeres..... ¡ era natural !.... Yo comprendia que no podia quejarme, puesto que no habia sabido reteneros. ¡ Pero yo era muy jóven en aquel tiempo, amigo mio ! ¡ Ay, hace ya muchos años de eso ! Y entónces, sí, ¡ estuve en peligro, sí, os lo confieso ! Sola en el mundo, abatida, enervada, sin apoyo..... rodeada de malos ejemplos, oyendo malos

consejos, perseguida y áun medio perversa por personas de las cuales nada sospechais..... Sí, llegó un momento en que me sentí sin valor, sin virtud..... al borde del abismo..... Pues bien; la amistad me salvó..... esa misma amistad de la cual me haceis ahora un crimen..... Monsieur de Lerne ha sido para mí.....

—Sí, un hermano—dijo Maurescamp interrumpiéndola con el mismo tono de ironía insultante.

—¡Sea—añadió Juana animándose—un hermano..... si quereis!..... ¡Pero él me ha salvado, esto es lo cierto!..... Cuando yo iba á caer en el gusto de los placeres prohibidos, él me dió, ó mejor dicho, me devolvió el gusto de los placeres permitidos..... Y si vuestra esposa no es hoy una mujer abandonada á los galanteos, tal vez á él solo se lo debéis..... ¡y quereis matarle!... . ¿Es eso justo, es eso honrado? Decidme.

—Justo ó no, haré lo posible por conseguirlo, os lo aseguro..... ¡Vamos..... dejadme!

—¡Pero, gran Dios! qué hombre sois, si no me creéis..... ó si creyéndome, persistis en vuestros designios de ódio y de venganza!..... ¡No, no! no quiero cansarme de apelar á vuestra razon, á vuestra lealtad, á los sentimientos de justicia que hay en vuestra alma..... Dios sabe que yo no quisiera ofenderos..... pero en un matrimonio como el nuestro..... y en una situación como la mia..... ¿qué quereis que una mujer jóven haga de su tiempo, de su razon, de su pensamiento, de su vida?..... Vos teneis vuestras queridas..... dejadle á ella siquiera sus amigos..... Y estad seguro, ¡es necesario que escojais entre los amigos que ella confiesa ó los amantes que ella esconde!

—Y aunque así fuera—exclamó Maurescamp—¿qué pretendéis, en resúmen? ¿qué querriais que hiciese yo? ¿Pretenderiais acaso—¡ah, sería demasiado!—que yo vaya á tender la mano al Conde de Lerne y á darle mis excusas, rogándole que viniera á continuar sus relaciones con vos?

—¡Sí!—dijo Juana con energía—eso es lo que yo deseo de vos; pero no necesitáis dar excusas..... y al pedir os pido una cosa justa, honrosa y conveniente..... porque, en realidad, es la única manera que teneis de reparar el daño que habeis hecho á vuestro honor y al mio..... es la única manera de hacer que acaben las calumnias que corren por el mundo..... calumnias á las cuales vuestra conducta de anoche habrá dado pábulo, y de las que ese duelo, ¡ay! sería la irreparable consagracion..... Si teneis valor de hacer justicia á vuestra esposa inocente—no lo dudeis, la verdad tiene gran poder—el mundo os creerá!..... Y en cuanto á mí, amigo mio, ¡si supieseis hasta qué punto os quedaria agradecida!..... ¡y cómo sabria demostraros mi gratitud respetando piadosamente en el porvenir susceptibilidades..... que quizá yo he descuidado atender como debia..... es posible!..... ¿Y quién sabe si esa accion generosa no sería entre nosotros un nuevo lazo de union?..... Sometidos á las pruebas de la

vida..... mejor instruidos por la experiencia y el dolor, ¿quién sabe si no se unirian nuestros corazones?..... ¿quién sabe?..... ¡Ay! ¡sólo de vos dependeria, os lo aseguro, que fueseis para mí..... lo que debiais haber sido siempre..... mi mejor..... mi único amigo!

—Todo eso es muy bello, sin duda—dijo Maurescamp encogiéndose de hombros;—pero es pura novela..... ¡Siempre ese maldito espíritu romántico que os pierde á todas!

—¡Ah, Dios mio!—añadió la pobre jóven, cuyas lágrimas corrian en abundancia.—Pues bien, decidme qué quereis, que exigis de mí.....—continuó con verdadera exaltacion, torciéndose los brazos.—¿Quereis que no vuelva á recibir al Conde de Lerne, que no vuelva jamas á verlo, que no vuelva á hablarle una sola palabra en mi vida?..... ¿Quereis que os sacrifique esa amistad, y todas las que pudiera tener en el porvenir?..... ¡Pues sea!..... os lo prometo..... os juro que viviré siempre sola.....

Mi hijo empieza ya á crecer..... pues bien, sólo de él me ocuparé..... será mi amigo..... ¡sí, este niño lo será todo para mí!..... Yo me siento con fuerzas para hacerlo..... os lo juro, y sabré cumplir mi promesa..... Pero por piedad, amigo mio, por piedad, no deis lugar á que ese duelo se realice..... No hay motivo ni razon para tal desafío; es una cosa monstruosa, os lo juro..... ¡Vedme á vuestros piés, os lo suplico de rodillas!

La jóven se dejó caer á sus plantas sollozando.

—¡Os lo pido con toda mi alma..... con todas mis lágrimas!..... ¡Por lo que haya en el mundo más sagrado, os lo suplico!..... ¡Por piedad.... dejaos conmovet..... no me desesperéis!.....

—¡Vamos, ahora es el melodrama!— exclamó Maurescamp rechazándola.

La jóven se irguió sobre sus rodillas, enjugó vivamente sus lágrimas, y cogiéndole ambas manos con febril violencia, exclamó con voz sorda:

—¡Ah, desgraciado!— no sabeis lo que

estais haciendo, no lo sabeis!..... No quiero decir que me matais..... sería poca cosa..... ¡me arrastrais á un abismo!

Y soltándole bruscamente las manos, —¡Podeis iros..... adios!

Maurescamp salió.

Su esposa, despues que le vió salir, permaneció algunos momentos como anonadada sobre la alfombra; sus cabellos estaban medio desatados, su mirada fija y seca y sus manos se movian con una expresion de desvarío. Algunos golpes ligeros que sonaron en la puerta del salon la hicieron salir de aquel abatimiento. Levantóse inmediatamente. Su criada entró.

—Señora—dijo—la señora Condesa de Lerne está abajo, y pregunta si puede hablar dos palabras con la señora Baronesa.

—¡La señora de Lerne!

—¡Sí, señora..... ¿Debo decirla que la señora está indispueta?.....

—No, hacedla subir.

Un momento despues entró la Condesa, con los ojos desencajados, lívida, trémula;

y sin notar el desórden extremado en que hallaba á Juana, se acercó á ella caminando con la rigidez de un espectro, y le dijo en la cara :

—¡ Vuestro marido debe batirse mañana con mi hijo!

—Lo sé—respondió la jóven—acaba de decírmelo.

—¡ Ah!—exclamó la anciana señora—¿acaba de decíroslo?..... ¡ Es la conducta de un miserable!

—Sí—dijo Juana.—Pero vos ¿cómo lo sabéis?

—Por Luis, el viejo criado de mi hijo, que sospechó algo al ver entrar á los testigos, y ha oido convenir todas las condiciones del duelo.

—¿ Y sabéis, señora —añadió Juana— que no hay nada censurable en las relaciones de vuestro hijo conmigo?

A decir verdad, aquella fué una extraña noticia para la vieja Condesa, y en la turbacion del momento, ella no pudo disimular cierta cándida sorpresa.

—¿ Pero entónces—dijo—no hay prueba ninguna?

—¿ Pruebas de qué, si no hay nada?

—¿ Y vuestro marido no ha querido creerlos?

—No.

—¿ Es decir, que nada hay que esperar?

—Nada.

La Condesa se dejó caer en un sofá y permaneció allí muda, inerte.

Despues de un rato de silencio, Juana, que andaba de un lado para otro en el salon, se detuvo delante de ella.

—¿ Está vuestro hijo en su casa?

—Sí.

—¿ Y teneis abajo vuestro carruaje?—añadió Juana.—Pues partamos..... yo iré con vos..... quiero verle.

A medida que hablaba la jóven se echaba un velo en la cabeza y se envolvía en un abrigo.

La Condesa se levantó sin saber qué hacer.

—Es una imprudencia—dijo.

—¿Y qué cosa peor podrá suceder?— exclamó Juana con un gesto de suprema indiferencia.— Partamos.

La Condesa de Lerne vivía en la avenida Montaigne. Llegaron, pues, en un instante. En el camino refirió á Juana con palabras entrecortadas todo lo que ella sabía respecto á la causa aparente del duelo, los nombres de los testigos, el arma elegida, el lugar y á la hora en que había de verificarse el combate.

Era próximamente la una de la madrugada, y Santiago estaba acabando sus últimas disposiciones, cuando tuvo la sorpresa de ver abrirse súbitamente la puerta de su biblioteca y aparecer en ella á madame de Maurescamp.

—¡Dios mio!—exclamó.—¡Cómo! ¡vos aquí! ¡es posible!

—¡Sí..... lo hemos sabido todo, vuestra madre y yo—dijo Juana anhelante—y he venido..... he querido venir..... aquí me tenéis!.....

—¡Mi madre también!.....—murmuró

Santiago.—¡Ay, cuánto lo siento!..... ¡qué pena me causa!..... Pero, y vos, mi querida amiga, ¿qué venis á hacer aquí?..... ¡os perdeis!

—Lo sé—dijo Juana dolorosamente, dejándose caer sobre una silla;—pero he querido veros por última vez.

La desgraciada Juana sollozaba.

—Mi querida señora..... mi pobre niña—dijo el jóven con dulzura cogiéndola la mano;—tranquilizaos, os lo ruego, y volved en seguida á vuestra casa..... Podeis estar segura de que este duelo no será nada..... No os atormentéis; entre dos hombres que saben manejar la espada con poca diferencia, un duelo no es más que un asalto sin gravedad.

—¡Ay!—dijo Juana—¡os odia tanto! Las lágrimas apagaban su voz.

—¡Todo ha concluido..... ¡ay! concluido para siempre!..... ¡Qué injusticia, Dios mio!..... ¡qué injusticia!.....

—Hijamía, querida—añadió Santiago—retiraos, os lo suplico..... No querréis ha-

cerme perder la calma en estos momentos, ¿verdad?..... Decid tambien á mi madre que yo le ruego que esté tranquila..... que no hay peligro alguno..... pero que me deje conservar toda mi serenidad.

— ¡ Pues bien ! ¡ Adios, adios ! — dijo Juana levantándose. — ¿ No es verdad que nos hemos amado mucho ?

— Sí, hija mia, sí.

Juana le miró algunos momentos sin hablar, y luégo, atrayéndolo un poco :

— ¡ Sí ! — exclamó.

Y presentándole su frente, añadió :

— Besa mi frente, para que, si mueres, sea al ménos por algo.

Santiago tocó sus cabellos con los labios ; despues, sosteniéndola sobre su brazo, la condujo fuera de sus habitaciones, hasta el principio de la escalera.

— ¡ Pronto á vuestra casa ! — le dijo besándole apresuradamente ambas manos y dejándola sola.

XII.

Madame de Maurescamp volvió en seguida á su casa, en compañía de la Condesa de Lerné. Su ausencia habia sido muy corta. Los criados no se apercibieron de ella, y aquel paso imprudente quedó oculto para su marido.

Como á las cinco de la mañana, acababa de adormecerse, rendida por la fatiga y las emociones, cuando un ruido que se produjo sobre su cabeza la despertó. Oyó pasos en el piso superior, y un rumor confuso que le hizo comprender que su marido disponia apresuradamente con su ayuda de cámara los preparativos del viaje. Poco despues el rodar de un carruaje sobre el empedrado del patio, y por último, le oyó partir.

Juana se levantó. Ardia su cabeza. Abrió una de las ventanas que daban al jardin de su hotel, y cruzados los brazos, se apo-